

oficios de Madre de Jesús, que quiere decir Salvador, porque salvará a su pueblo de los pecados de ellos (Mat. I. 21.)

En la Presentación renovó con sublime caridad el ofrecimiento de su divino Hijo al sacrificio, conociendo ya desde entonces la profecía del anciano Simeón, que le pronosticó sus dolores de compasión en la Pasión de su divino Hijo, diciéndole: «He aquí que Este es puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal a la que se hará contradicción; y una espada traspasará tu alma de tí misma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones». (Luc. II, 39 )

Por fin, la Escritura nos dice que «junto a la Cruz estaba su Madre (Joan, 11) y en el Calvario consumó María el sacrificio y el cumplimiento de su oficio de Corredentora » María, para obtenernos la vida de la gracia dice S. Alfonso en las Glorias de María (p. I, C. I, párrafo 3,) y es también sentir la Iglesia, debió padecer esta pena de entregar Ella misma a la muerte la vida amada de Jesús, consintiendo por nosotros en verle morir ante sus ojos por exceso de tormentos. Entonces, por aquel gran sacrificio de María, nacimos nosotros a la vida de gracia. Así que, como escrito está, del amor que el Eterno Padretuvo a los hombres, con que entregó a la muerte por nosotros a su mismo Hijo, *así amó Dios al mundo, que dió a su Unigénito Hijo* (Joan. 3), también de María puede decirse con San Buenaventura: *así María nos amó, que dió a su Unigénito Hijo.*»

Los Santos Padres S. Pedro Crisólogo (Serm 142), San Agustín (S. 17) y S. Bernardo (Hom. 4 sup Missus est) atribuyen la redención al consentimiento de la Virgen, y la Iglesia canta a este efecto: *Vitam datam per Virginem gentes redemptæ plaudite.*

Además, el martirio de María para darnos a luz en el Calvario fué tan grande, que, según S. Bernardino de Sena (Ser. 45, t. 3), «todos los dolores del mundo juntos, *simul conjuncti*, no llegarán a los de la gloriosa Virgen. La Iglesia le llama *Regina Martyrum*, y *Virgo dolorosissima*. El devoto Fr. Jacobo Milán en su *Stimulus Amoris*, atribuído por muchos a S. Buenaventura, dice: Cada una de las heridas de Cristo se unían en el corazón de la Madre. Otro tanto viene a decir S. Anselmo o mejor su familiar Eadmero y San Bernardino (t. I, Serm. 6) asegura «que, si los dolores que padeció la Virgen en la muerte de su Hijo, se repartiesen entre las criaturas, todas ellas morirían repentinamente.»

No consta por la Escritura ni por la Tradición que la dolorosa Madre haya sufrido en el cuerpo; pero como dice el P. Vincent en la *Mariología* de su Teología, algunos varones de Dios y Santos han tenido revelación de que la Virgen María sufrió por milagro invisiblemente los clavos, los azotes, la corona de espinas y todo cuanto padeció Jesús, en su sacratísima Pasión, y que no se deben echar del todo a mala parte estas revelaciones, porque si, Cristo quiso que algunos santos participasen de su pasión en la vida y que S. Francisco de Asís tuviese visiblemente las llagas de Jesús, ¿por qué se ha de negar esta gracia a la Madre del Redentor? (Leáse sobre la Pasión de Jesús y los dolores de la Virgen la *Mística Ciudad* de la venerable Sor María de Jesús de Agreda.)